

IGLESIA, ESTADO: GÉNESIS DE LA EUROPA CONTEMPORÁNEA

POR

DALMACIO NEGRO (*)

1. Hace tiempo que el Estado europeo adolece del contrapunto que había sido siempre la Iglesia. De una forma u otra, la Iglesia ha ido cediendo posiciones legítimas conforme a su naturaleza. Sobre todo las Iglesias particulares o nacionales se han ido plegando por distintas causas y razones a la *ratio status*.

Centrando la perspectiva histórica en la olvidada dialéctica fundamental en la historia de Europa entre lo espiritual y lo temporal, no cabe descartar que, tras la ofensiva laicista que se presenta como una ideología pseudoliberal de la libertad, se esté cumpliendo y quizá agotando la tendencia principal de la historia europea desde el tiempo de la Reforma. Decía Mussolini, un socialista que se hizo nacionalista: "En el Estado, la Iglesia no es soberana, no es siquiera libre". Ahora se añade a enemistad socialista frente a las religiones el ataque laicista, que quiere erradicar el cristianismo y la Iglesia. Paradójicamente, pues, en puridad, el cristianismo es la única religión que libera el espacio profano, instituyendo el espacio de lo laico. Sin el cristianismo no habría surgido el laicismo. El Estado, la forma moderna artificial

(*) Publicamos, con mucho gusto, la ponencia inaugural del 44º Congreso Internacional del Instituto de Estudios Europeos de Bolzano, pronunciada por nuestro ilustre colaborador Dalmacio Negro. Aunque, como el lector observará, en algunos puntos la terminología del profesor Negro no es exactamente la tradicional de estas páginas, por su riqueza y su carácter incisivo resulta de extraordinario interés. Agradecemos al profesor Negro y a las autoridades del Instituto Rosmini su autorización para estamparla (N. dela R.).

de lo Político, creció en ese espacio y, apoderándose de él, una vez suficientemente monopolizado, impulsado por el laicismo como una ideología se erige en su campeón y se revuelve contra el cristianismo y la Iglesia.

2. Hasta el Renacimiento, la historia de Europa no es más que una serie de capítulos en la historia de la Iglesia y, por consiguiente, de la religión cristiana. La religión era lo público en su sentido semántico de *populus*, lo popular, lo común, la *res publica*. De ahí la frecuente caracterización de la *civitas christiana*, la forma histórico-política medieval ajustada idealmente al orden natural por creación divina, como una *res publica christiana*.

El Renacimiento es la época de la aparición del Estado, a cuya consolidación contribuyó decisivamente la Reforma. Y no sería exagerado afirmar con fines hermenéuticos, que, a partir del siglo XVI, la historia de Europa puede entenderse, explicarse y sintetizarse como una serie de capítulos de la historia del Estado, del *orden estatal*. El Estado, que concentra y centraliza toda clase de poder, el Poder, creció a costa de la disminución de la Iglesia, que defendía la sociedad natural, el *orden natural*. Invirtiendo el estado de cosas, el particularismo estatal sustituyó al universalismo eclesial.

3. Al decaer las dos grandes entidades universales medievales, el Imperio y la Iglesia, complementarias desde un punto de vista secular, empezó a configurarse hacia 1494 según Ranke el sistema de los Estados en sustitución de la *universitas christiana*. La Reforma protestante originó en seguida una crisis teológica y eclesiástica, pero no radicalmente religiosa como lo es la nuestra, aunque un paso importante para la superación de la crisis que atraviesa Europa, sumida en un proceso descivilizador, sería la reunificación de las Iglesias. De todos modos, históricamente, la división religiosa fue una causa primera del debilitamiento de la Iglesia y el fortalecimiento del Estado. La paz de Westfalia (1648) liquidó la Cristiandad (*Christentum, Christenheit*) en tanto categoría histórica política cultural, como la *universitas* o *res publica*

christiana, al reconocer el principio protestante *cuius regio eius religio* establecido en 1554 en la paz de Augsburgo. Westfalia consagró la soberanía político-jurídica, un concepto teológico secularizado, la soberanía o supremacía divina, como esencia del Estado y fórmula central de la política. Con la soberanía, se consagró también implícitamente el particularismo inherente a la estatalidad como concepto básico del *ius publicum europaeum*, impregnado, no obstante, de cristianismo.

Cabe pensar, que si se descompusiera definitivamente el Estado, de lo que hay abundantes síntomas —apenas es ya más que Estado Fiscal, su esqueleto— sólo quedaría otra vez la Iglesia. Esto contribuiría seguramente a superar la crisis religiosa y de Europa, si antes fuese capaz la Iglesia de superar los síndromes que el teólogo González de Cardedal llama de “enajenación” por ingenuidad y embelesamiento y de “heteroidentidad”, el dejarse invadir por una cultura extraña a la fe.

Es, pues, a partir de Westfalia, cuando la historia de Europa ha sido retrospectivamente historia del Estado al arrogarse legalmente la estatalidad el monopolio de la política mediante la soberanía, y, por ende, en detrimento de la religión. La misma religión se fue politizando o secularizando según prosperaba la política. En esta perspectiva, *la secularización es la sustitución de la primacía de la religión por la de la política*. La sustitución de la religión la politización. La conversión de la política en una religión, la religión de la política.

Con la secularización, para utilizar esta palabra dudosa, Rémi Brague dice que no explica nada, puesto que el Estado monopoliza la actividad política, la política estatal pasó, pues, al primer plano como gran envolvente o abarcador en el sentido de Jaspers, como lo común, invirtiendo la natural jerarquía de los órdenes. Hoy nos encontramos en una situación en que impera la política de tal forma que rechaza decididamente la religión y la Iglesia a la esfera de lo privado. Más aún, la ofensiva laicista aspira a liquidar, utilizando el Estado, todo lo que queda del viejo *êthos* europeo imponiendo el suyo propio, un *êthos* inmanentista, puramente secular, estatal, nihilista o cuya lógica es nihilista.

4. Para entender la situación es preciso tener en cuenta que, por otra parte, el Estado, al ser homogeneizador es ya, constitutivamente, intrínsecamente, democrático, nacional. Se afirmó apoyándose las monarquías en las clases medias a las que ayudó en reciprocidad a emanciparse de la aristocracia feudal para formar las naciones. La idea democrática, coherente con la sociedad de clases medias, entraña la publicidad y, ligada al Estado, el imperio de lo público político sobre lo público o común religioso. A esto último aludía ya la celebrada fórmula inaugural de la época de la estatalidad de Alberico Gentile: *Silete theologi in munere alieno!* (¡callad teólogos en el ámbito ajeno!). El silencio se convirtió en concesiones continuas con las que la Iglesia perdió el lenguaje religioso y eclesiástico, sustituidos por el político y estatal. A veces, procura sustituir su propia terminología, propia del orden religioso, por la del mundo, quizá por razones pastorales, olvidándose del carácter intelectual inherente a la Iglesia docente, al clero, y de la importancia del culto y de la palabra, que reivindica ahora enérgicamente la *Radical Orthodoxy* católica anglicana. Catherine Pickstock, uno de sus miembros más destacados, reivindica además la restauración de la primacía de la teología en el rango de los saberes.

Un ejemplo obvio de la decadencia del modo de pensamiento eclesiástico y de cómo se ha contagiado del modo de pensamiento estatal: en lugar de la palabra estrictamente cristiana caridad, *christliche Liebe*, habla corrientemente de solidaridad. Donoso Cortés elogió convincentemente en otro tiempo este vocablo. Pero se ha llenado de connotaciones positivistas colectivistas procedentes del solidarismo de los pensadores laicistas de la Tercera República francesa: solidaridad *als die säkularisierte christliche Caritas*, como la caridad cristiana secularizada, notaba Eric Voegelin en 1938. La caridad como virtud es un hábito, individual, personal, que descansa en la transcendencia; la solidaridad como "virtud", es colectiva: descansa en la compasión humanitarista por el Otro imaginario. Siendo loable no es lo mismo que la caridad.

5. En Europa se habían formado las naciones en el seno de la Iglesia como variedades de lo común, lo popular, debidas a la

geografía, la raza, la lengua, etc., unificadas por la historia en torno a las respectivas clases medias. Con el auge de las clases medias y la aparición del Estado que las apoyaba apoyándose en ellas, la política empezó a ser de interés corriente en el Renacimiento, interés que aumentó en la Ilustración y se intensificó después de la revolución francesa, a medida que aumentaba el deseo de organizar democráticamente el poder. En la pugna de las clases por el ascenso o liberación social, la política, cuestión de opiniones sobre los intereses comunes, sobre la *res publica*, adquirió paulatina e inconscientemente entre aquellas clases, desde las que se extendió a las demás, la importancia que tenía anteriormente la religión. Lo público estatal pugnó con la Iglesia por la supremacía y, para muchos hombres, el interés por la religión se trasladó a la política nacional, no hay que olvidar que monopolizada por el Estado. Así acabó formándose en los territorios cerrados por la estatalidad, una conciencia *política* nacional, que en la revolución francesa se hizo nacionalista. *La gran inversión contemporánea consistió en la primacía de la política, de lo temporal, sobre la religión, sobre lo eterno.* La causa principal es la existencia del Estado y los obstáculos con que tropezaron en Europa las clases medias para establecer auténticos regímenes republicanos, tal vez democráticos, siguiendo la tendencia natural del *regimen* medieval. Algo así ocurrió en Inglaterra, aunque formalmente sea una monarquía y, más tarde, en Estados Unidos.

6. El territorio es lo que da su carácter de totalidad al Estado. El Estado es una totalidad al ser un orden cerrado instituido sobre un territorio, en el que encierra también a la Iglesia, cuya universalidad se ve así seriamente afectada. Firmemente vinculados los hombres por el Estado a un territorio y a una totalidad política, a medida que se imponía el interés por lo temporal empezó a prevalecer sobre el interés por la eternidad. Esta es la causa principal de la secularización en general. Apuntalada la monarquía por la *religion royale* de origen pagano paralela a la católica de cuya mezcla resultó el derecho divino de los reyes —una invención de Jacobo V de Escocia y I de Inglaterra—, con la secu-

larización, la concepción tradicional del orden como un orden creado por Dios, fue reemplazada paulatinamente en la conciencia por la de un orden estatal en torno al Monarca; simbólicamente en Francia, “el rey Sol”. El monarca mediaba entre el Trono y el Altar correspondiéndole ahora la primacía al Trono, como se ve en la figura del Leviatán de Hobbes que sujeta la espada con la mano derecha y el báculo con la izquierda. En suma, el particularismo estatal se impuso al universalismo eclesiástico, que implica apertura y dinamicidad en el tiempo en contraposición a la idea de totalidad, asentada en el espacio. Es significativo que en torno a aquella fecha de 1648 cayese en desuso la palabra de sentido universalista Cristiandad con la que se designaba el mundo europeo en sentido abierto, teológico, ocupando decididamente su lugar la palabra Europa, más neutral, particularista y cerrada, geopolítica, como el conjunto de los Estados.

El particularismo estatal se configuró y agudizó finalmente como nacionalismo a consecuencia de la politización, un producto de la acción del Estado sobre la sociedad, a la que, al mismo tiempo despolitiza internamente al perderse el sentido natural, espontáneo, de la política. Como observó Jouvenel, la “despolitización” es la consecuencia natural de la “estatización”. Ranke aún pensaba que Europa estaba formada por cinco grandes naciones en el sentido meramente histórico, descriptivo, no político: la española, la francesa, la italiana, la inglesa, la germánica. De las naciones centrales se decía en la Edad Media que el *sacerdotium* le correspondía a Italia, el *imperium* a Alemania y el *magisterium* a Francia. Inglaterra y España eran, y son, periféricas. Christopher Dawson, Ortega y muchos más, veían el carácter único de Europa en que “es y ha sido siempre una comunidad de naciones”. Pero precisamente la *hybris* política de la idea de Nación politizada, el nacionalismo, era para Dawson la causa de la crisis europea.

7. Las naciones históricas existentes en el seno de la Cristiandad eran unidades abiertas; de ahí la reducción por Ranke a cinco naciones —en rigor, habría que añadir la eslava—, que, a medida que se afirmaron el Estado y el nacionalismo no sólo se

fueron cerrando sino que, en muchos casos, se escindieron en otras: las naciones no nacen sino que se hacen, decía Ortega. “Dadme un Estado y construiré una nación”, decía el polaco Pilsudski. Pero por el mismo procedimiento las naciones históricas pueden devenir naciones políticas. Sin embargo, no existe un alma del pueblo, un carácter nacional, sino un repertorio de rasgos comunes, costumbres, tradiciones, usos, formas de vida que configuran un *éthos*, el espíritu de la nación de Montesquieu. El ser físico de los pueblos, decía Pirenne, se subordina completamente a su ser moral, a su *éthos* diría Ratzinger. En este sentido, afirmaba Elías de Tejada que los pueblos son tradición. La tradición es el *éthos* de los pueblos en su dinamicidad. Bajo el particularismo estatal, se fue deformando y escindiendo el *éthos* común de las diversas naciones europeas.

Pues, hay que precisar que las concretas naciones históricas las fueron haciendo las Monarquías a partir de esas cinco naciones originarias; seis si se cuenta la eslava. Bajo su poder y dirección, el destino de los pueblos fue el de configurarse como *naciones políticas*, politizadas al politizarse su *éthos*. El Monarca, el Príncipe maquiavélico, había sustituido al Rey, como observó Leo Strauss, y las Monarquías, sirviéndose del Estado, multiplicaron y politizaron las naciones.

Efectivamente, a medida que se afirmó el Estado Monárquico, la estatalidad no sólo unificó políticamente a los pueblos sobre los que ejercía su poder sustituyendo el *limes*, territorio impreciso, por las fronteras, sino que incluso escindió en ciertos casos las naciones históricas en naciones políticas distintas, haciendo de cada una de ellas unidades cerradas tras la revolución francesa Estados-Nación. Los Estados politizan las naciones al cerrar el territorio mediante el derecho público. Precisamente con el territorio políticamente nacional estatal nació la Geopolítica, que rige intelectualmente las relaciones entre las naciones-Estado. Pues la Geopolítica se refiere a las relaciones interestatales: es “ciencia de estrategia estatal”, fundada en la relación entre la Geografía y la expansión del poder. Decía Álvaro d’Ors, que la Geopolítica sólo es concebible presuponiendo el Estado en contraposición a lo que llamaba la Geodierética o simple reparto de tierra.

Lógicamente, el principal enemigo a abatir por el nacionalismo estatal era la Iglesia romana con cuyo universalismo chocaba, y, posteriormente, vencida o sometida esta última, el cristianismo. Novalis achacaba el nacionalismo a la Reforma. Pero el contractualismo político hobbesiano fue ya un gran golpe intelectual a su favor. Prosiguieron otros más concretos como el galicanismo, el regalismo, el josefismo..., formas de erastianismo en las naciones católicas, no anticristianas en sí mismas, como tampoco lo eran los Estados protestantes en los que la Iglesia estaba unida casi por definición al Estado. El nacionalista Estado-Nación que salió de la Revolución Francesa con la pretensión de monopolizar absolutamente lo común nacional, lo público, que había compartido hasta entonces el Trono —sustituido ahora por la Nación— con la Iglesia, el Altar, fue, pues, el punto de inflexión definitivo en la tendencia que llega hasta nuestros días a sustituir el predominio popular, público, de la religión por el de la política de las oligarquías en cada Estado particular y en las relaciones interestatales.

8. Configurada finalmente la estatalidad en el siglo xx en la forma de Estado Total —sería mejor decir con Jovenel Estado Minotauro—, a la vez que cierra herméticamente el territorio lo controla más minuciosamente. Con las mayores posibilidades técnicas, disuelve los pueblos haciendo de ellos sociedades de masas, al combinar toda la tendencia moderna a la neutralidad, un principio del Estado, con la peculiar neutralidad de la técnica, que aproxima lo distante y distancia de lo próximo. Declarándose asimismo agnóstico, radicalmente laico, respecto a toda religión, el Estado prescinde del mínimo religioso, expulsa prácticamente al cristianismo del espacio público y aspira a erradicarlo del privado para dominar totalmente. Es natural que, según la lógica estatal, en último análisis la de la *ratio status*, una imitación utilitaria de la *ratio ecclesiae*, se relegue el elemento religioso a la condición, a lo sumo, de un recuerdo histórico en la configuración de la futura Europa. Lo mismo, por cierto, que las naciones.

Hace tiempo que el Estado lucha con la Nación histórica originaria. El *êthos* que configura las naciones históricas, se dividió

internamente entre el *êthos* nacional tradicional —el “espíritu de la nación”— y el *êthos*, si se puede llamar así, romántico, inmanentista, nihilista y destructivo de las ideologías, que Raymond Aron llamaba religiones seculares. El secularismo impulsado por las ideologías ha sustituido a la secularización. Y, por otra parte, el abstracto Estado tecnocrático ha despolitizado las naciones. Pero está yendo aún más lejos. Como el Estado arraiga en la tierra mediante la Nación, desenraizado y dirigido por las desarraigadas oligarquías postmodernas imbuidas de un *êthos* nihilista, destruye las naciones históricas, el “espíritu de la Nación”.

Hay que subrayar, que las Iglesias han contribuido a este estado de cosas al dejarse ganar por el modo de pensamiento estatal que sustituyó al modo de pensamiento eclesiástico a medida que prevalecía el orden político. En el transcurso del siglo xx, las Iglesias han antepuesto en exceso la justicia, causa y fin del poder temporal —además la justicia llamada social es la virtud de la justicia politizada—, a la fe y la caridad, favoreciendo que el cristianismo como religión —no como parte de la cultura— se hiciese “mundo” más de lo que debiera, entregándose a conseguir que las “estructuras” fuesen cristianas “descuidando que lo fuesen las personas”. Como decía Nicolás Gómez Dávila, la religión no es socialmente eficaz cuando prohija soluciones socio-políticas, sino cuando logra que influyan espontáneamente sobre la sociedad actitudes puramente religiosas. Así ha perdido la Iglesia la *auctoritas*, que es lo suyo. Podría intentar recuperarla apoyando a las naciones, reanimando su cultura y su *êthos* frente a la infracultura o acultura, campañas de imagen y propaganda, que segrega la tecnocracia estatal. Por otro lado, en parte por necesidad, quizá sólo la Iglesia podría hacerlo. Después de todo, “la religión, decía Julián Marías, tiene en la cultura su aliado natural, mientras que tiene en el poder su natural enemigo”.

9. Se puede resumir la situación citando la opinión del checo Vaclav Havel de que los europeos —en realidad el estatismo europeo—, están creando “la primera civilización atea en la historia de la humanidad”; o el libro de Glucksman *La tercera muerte de Dios*. El autor francés se pregunta si, en vista del esta-

do de cosas, no consistirá el destino de Europa en ser el primer continente ateo de la historia. Aunque en tal caso, cabría preguntarse si Europa, geográficamente una península de Asia, podría conservar el rango de continente sin la potencia que le da el cristianismo.

El ateísmo y, sobre todo, la increencia se han generalizado tanto, que es un error pensar que la hostilidad al cristianismo distingue hoy a la izquierda política de la derecha. Pudo ser en algún momento o en casos concretos. Mas, dada la prevalencia jerárquica otorgada al orden político sobre el religioso, al final prevalecerán siempre las opiniones y los intereses políticos. Desde el siglo XIX, la politización hostil al cristianismo es común a la derecha y a la izquierda, aunque se disimule o se manifieste equívocamente como anticlericalismo, puesto que la política prima sobre la religión. Política sin Dios, título de un libro reciente, es hoy la consigna general. En Francia, se introdujo el aborto legal siendo presidente del gobierno Giscard d'Estaing, al parecer católico, por cierto, con la oposición del entonces escandalizado partido comunista. En Italia lo introdujo la democracia cristiana; Giulio Andreotti anda diciendo ahora que una de las cosas que más lamenta de su vida es el haber firmado la ley del aborto. Y se debe a la democracia cristiana, teóricamente a la derecha, la introducción de una copiosa legislación inicua, sin hablar de la puramente estatista. En realidad, ha sido la derecha la que ha creado mediante el Estado la sociedad del bienestar, que Augusto del Noce consideraba la primera de la historia radicalmente irreligiosa, etc. En contraste, siguiendo con el ejemplo, como prueba *sensu contrario*, el importante jefe del socialismo francés, el proudhoniano Jean Jaurés, que había apoyado la campaña bastante más que anticlerical para expulsar la religión de la escuela, escribía a su hijo: "Tengo que confesarlo, la religión está íntimamente unida a todas las manifestaciones de la inteligencia humana. Es la base de nuestra civilización". Entre los marxistas, Ernst Bloch escribía en los años cincuenta y sesenta sobre la posibilidad de un ateísmo cristiano fundado en la deificación de la esperanza y Kolakowski, que rechaza las pruebas de la existencia de Dios, trata de demostrar que tampoco existe ninguna prueba en

contra. La descivilización de Occidente ha llegado a un punto que empiezan a abundar quiénes, como la conocida periodista italiana Oriana Fallaci, procedente del partido comunista, se declaran ateos cristianos, o, como el filósofo español Gustavo Bueno, ateo católico, por reacción a la situación de la civilización occidental en manos del estatismo.

Puede hablarse de un ateísmo común a la derecha y la izquierda en la línea del nuevo cristianismo de Saint Simon y la religión de la humanidad de Comte, y de un indiferentismo que acepta selectivamente la moral cristiana en la derecha y en la izquierda, siendo más peligroso el de la derecha, por ser más engañoso. Se trata de una actitud relativamente corriente próxima al agnosticismo, actitud cómoda que elude el compromiso. En la práctica, derecha e izquierda, cuya existencia se debe a que el Estado es el centro de todo, se pliegan a la razón de Estado. Las diferencias entre una y otra son sólo de matiz, en función de la búsqueda de votos.

10. Bajo la inspiración de la cultura grecolatina de los humanistas nació, ante las disputas religiosas, la idea de una religión civil como religión neutral del Estado, concebida generalmente a imitación de las religiones paganas, aunque su contenido moral fuese cristiano. Luego apareció la idea de una religión natural. De ahí se pasó al ateísmo, si bien el ateísmo político es un fenómeno contemporáneo. Las religiones paganas no son precisamente ateas y el ateísmo moderno, que se beneficia de la liberación del terror a los demonios gracias al cristianismo, franquea el paso a la increencia.

En efecto, Glucksmann habla de ateísmo al referirse a la situación presente. Sin embargo, según la descripción que hace este autor, sería más exacto hablar de increencia. La increencia, lo que llamaba del Noce la "irreligión natural", va más allá del ateísmo, puesto que plantea frontalmente la posibilidad de la extinción de la fe transcendente, y, por tanto, de la Iglesia, coincidiendo con las previsiones de Augusto Comte. Pero Glucksmann sugiere también que la futura misión histórica de Europa, si la tiene, consistirá en difundir universalmente el ateísmo. Mas,

como avisaba René Guénon, “una civilización que no reconoce ningún principio superior, que se funda en realidad en una negación de los principios, carece de todo medio de entendimiento con las demás.” Por tanto, se trataría de algo más grave que el diferenciarse y distanciarse de otras culturas y civilizaciones, como, por ejemplo, la norteamericana. Una Europa así, la Europa dirigida por el Estado agnóstico y nihilista, quedaría aislada del mundo y a merced de los grandes poderes, de los Grandes Espacios que se están dibujando en el horizonte.

Lo cierto es que en Europa existe entre la opinión llamada pública bastante hostilidad y un notorio desprecio público por la religión y las Iglesias, que con mayor o menor intensidad hacen suyos los Estados. Los consejeros del jefe del gobierno inglés Tony Blair, que se confiesa creyente, le disuadieron de que terminase sus intervenciones televisivas durante la guerra de Iraq con las palabras *God Bless You*. En la Europa actual, no es imaginable un gobernante cristiano invocando públicamente a Dios o a la religión. Sería, políticamente incorrectísimo, revolucionario. Empieza a ser normal calificar de fanática, integrista o fundamentalista, por supuesto fascista, cualquier actitud que postule el reconocimiento público de la religión, la invoque o la tenga públicamente en cuenta; y ya no es raro que esto ocurra en el plano privado. La mentalidad “progresista” nihilista que emanan los sistemas educativos sometidos al Estado, ante todo las universidades, ha penetrado en las relaciones privadas.

En este contexto, la Nación ya no es de hecho la soberana. El verdadero soberano es la opinión pública. Los políticos están tan pendientes de ella que la parte más ardua de su trabajo consiste en manipularla. Esta opinión pública, muy desorientada e ideologizada, rechaza a la religión, mientras el Estado, que por su legislación empieza a ser marcadamente nihilista, se somete a los grupos de presión de la opinión: de intelectuales como los denunciados por Marco Tarchi, de los medios de comunicación y de una variedad de grupos de presión: feministas, homosexuales, abortistas, partidarios de la eutanasia y de los experimentos genéticos, divorcio a la carta, etc. Las bioideologías que han sustituido a las grandes ideologías mecanicistas del siglo XIX, sobre todo

la ideología de la salud, que es como su síntesis, dominan la política. En la opinión pública, prevalecen las tendencias anticristianas y antieclesiásticas que el Estado hace suyas. Si se quisiera hacer frente seriamente al proceso de descivilización, resulta muy pertinente la observación de Karl Rahner de que "la teología tiene que ser hoy en cierto sentido una teología política".

11. La necesidad de la reacción intelectual hace indispensable una teología política que reconduzca la relación entre la Iglesia y los poderes públicos poniendo fin a la mezcolanza existente entre la religión y la política debida a la politización, que no es otra cosa que la secularización de la que Estado ha sido el campeón principal. De ahí ha resultado la enorme confusión entre los fieles que ha devaluado la capacidad del cristianismo para informar, dar forma a la cultura, orientarla. El Papado está intentándolo, pero el modo de pensamiento eclesástico ya no es comprensible ni siquiera para una gran parte del clero, imbuido por el modo de pensamiento estatal. El clero es por definición un estamento intelectual y, del mismo modo que existe una teología moral y otras teologías sectoriales, una sólida teología política podría contribuir poderosamente a orientarle en estas cuestiones. La actitud del clero es fundamental para contener la descivilización de Europa a la que, hay que decirlo, tanto ha contribuido en años anteriores.

Una interesante reacción, en este caso ante la privatización de la religión fue ya, como es sabido, la teología política resucitada en Centroeuropa en los años sesenta a partir de la teología de la esperanza del teólogo protestante Jürgen Moltmann. Constituía su objeto reivindicar un lugar público para la fe cristiana. Contribuyeron a su fracaso final sus acomplejadas concesiones al marxismo, innecesarias e incongruentes, y sus derivaciones puramente políticas en otros pagos, que dieron lugar a lo que se ha llamado "el jacobinismo de la cruz". Esta experiencia no debiera ser causa de desánimo.

La teología política, prácticamente proscrita desde la censura de San Agustín a la teología política pagana, veto que parece haber levantado el concilio Vaticano II, constituye una necesidad

intelectual de las Iglesias. Las Iglesias suelen limitarse a exponer una deshilvanada doctrina social más o menos organizada en torno al concepto más que discutible de “justicia social”. A pesar de esfuerzos meritorios como los de Michael Novak, que ciertamente no ha tenido mucho éxito en Europa, ese mito alienta otros como el de la revolución permanente, el cambio por el cambio, amparando y legitimando la expansión y el aumento del poder del Estado.

12. La teología política debiera centrarse seguramente en torno a la teología del poder en tanto viene de Dios. De aquí deriva todo lo demás. Por ejemplo la representación, el otro tema fundamental de la política. La realidad de la politización que ha sustituido a la religión empieza a suscitar reacciones a favor de la teología política. El teólogo anglicano John Milbank, miembro del grupo de la briosa *Radical Orthodoxy* de Cambridge, lo justifica a partir del “extraordinario contraste” que cree observar entre la teología política moderna —Grocio, Hobbes, Espinosa, Filmer...— y la teoría social postmoderna y postnietzscheana. Según Milbank, la teología acepta la secularización y la autonomía de la razón laica, mientras la teoría social descubre con creciente claridad que, paradójicamente, la secularización da a entender que nunca se podrá prescindir de lo mítico-religioso. O sea, que la influyente teología política histórica fruto de la secularización es intelectualmente atea, en tanto que la teoría social postnietzscheana sugiere que la religiosidad es inevitable y, por ende, la relación dialéctica entre religión y política.

Para Álvaro d’Ors, el núcleo de la Teología Política cristiana debiera partir del principio enunciado en la encíclica *Quas primas*, de que, siendo Jesucristo el “Rey”, “no cabe en la historia otro poder originario, otra soberanía sobre los hombres «viatores» en la tierra que la de Cristo”. Desde el punto de vista de la teología política, los llamados soberanos, recordaba d’Ors, no son más que delegados. Esto tiene consecuencias directas en relación con la política práctica que no implican entremeterse en ella. Pero las acobardadas Iglesias europeas eluden cuidadosamente parecer públicamente no ya instancias de poder —poder social—,

sino grupos de presión, mientras agrupaciones menores y partidistas presionan contra ellas y el cristianismo —ahora mismo, por ejemplo, las minorías islamistas, las de homosexuales, quizá la masonería, etc.— a través del Estado. Ahora bien, la teología política es antiestatal. Por lo menos, en el sentido de que el poder se ejerce personalmente, de que siempre hay un responsable concreto, en contraste con la presunción y el ideal de la teoría estatal de que el ejercicio del poder sea mecánico, burocrático, impersonal.

13. El problema de la dialéctica entre la Iglesia y el Estado, la dialéctica de los dos poderes, consiste en que, para la mayoría de los europeos, desde luego entre la *intelligentzia* dominante y los políticos, la Iglesia ha perdido la *auctoritas*. Si un pueblo es una tradición, gravemente quebrantadas las tradiciones, en primer término las religiosas, las Iglesias particulares custodias de la tradición religiosa han perdido la confianza y la estimación del pueblo. Los políticos de derecha e izquierda sólo las respetan por los votos, en la medida en que conservan alguna influencia. La Iglesia tiene que recuperar el sentido de la autoridad que, en su caso, va unida a la idea de servicio.

Bajo la presión del Estado, la Iglesia empezó a abdicar de su condición de potestad espiritual en la Edad Moderna. De ello es un buen ejemplo la concepción de la *potestas indirecta* sobre el Estado, doctrina en la que se distinguió el cardenal Belarmino, dejando al mundo laico a su suerte. Sin embargo, la Iglesia tiene la plena *auctoritas* por delegación de Cristo —“apacienta mis ovejas”—, y no puede renunciar a ella sin dejar de ser Iglesia. La *potestas indirecta*, decía Carl Schmitt, “es una evasión del auténtico problema de la *auctoritas* y una mala evasión”. Es una renuncia a la autoridad espiritual.

Si la Iglesia se conforma con la imaginaria *potestas indirecta*, puede llegar a acuerdos y compromisos con el Estado al que así legitima. Si todo es cuestión de prudencia, únicamente acabará importando la actitud formal del Estado. La *ratio status* opera entonces por su cuenta cuidando de no soliviantar o perturbar a la Iglesia. Sugiere incluso que la Iglesia actúa a través del Estado,

acabando por ser éste último más importante para los hombres que la misma Iglesia. La Iglesia pierde la autoridad, pierden relieve el hombre bueno y el hombre libre sustituidos por el ciudadano, y el Estado se queda sin orientación. Y si los ciudadanos son malos en tanto hombres como decía Kant, el Estado, a pesar de toda la fuerza y el derecho que le atribuyó el filósofo a su mecanismo, el *Rechtsstaat*, acabará funcionando mal. A la postre será un Estado Nihilista, como empieza a serlo el actual.